

Los partidos políticos en México, 1997

*Octavio Rodríguez Araujo**

El sistema de partidos políticos y los partidos en México han sufrido modificaciones sustanciales en los últimos años. En el caso del Partido Revolucionario Institucional, estas transformaciones obedecen a dos hechos sobresalientes: a) al cambio del régimen político que era característico desde los años veinte, y b) a la competitividad electoral creciente de los principales partidos de oposición. En el caso de éstos, sus transformaciones se deben, sobre todo: al fracaso del nuevo régimen para solucionar los problemas generados por la nueva política económica; al deterioro del PRI como partido del régimen, y a la crisis del antiguo régimen y el rechazo social más o menos generalizado del nuevo régimen, por su incapacidad para detener la pendiente de depauperación de la mayoría de los mexicanos.

El régimen autoritario-populista, de amplia intervención estatal y basado, en buena medida, en formas corporativas y verticales de dominación,

* Académico de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Octavio Rodríguez Araujo

comenzó su declinación con la crisis económica de mediados de la década los setenta y, particularmente, durante el sexenio de crecimiento cero, encabezado por el primer gobierno propiamente neoliberal en México, el de Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988). Aunque desde antes los tecnócratas del campo financiero ya se perfilaban como una categoría social que en la administración pública federal ocupaba posiciones cada vez más poderosas, fue a partir de 1982 cuando pasaron a ser dominantes en el gobierno, al parecer en un proyecto de largo plazo para el país.

Con los tecnócratas en el poder, los viejos políticos del intervencionismo estatal y del autoritarismo populista del pasado apenas pudieron negociar algunas posiciones que de ninguna manera resultaron claves y decisivas en la cúpula del poder. Esta situación provocó fisuras en el interior del PRI y, por supuesto, luchas internas de las que conocemos sólo algunos ejemplos que registraron los medios, especialmente la prensa escrita. Con los tecnócratas comenzó a impulsarse con mayor firmeza el modelo político-económico impuesto por el Fondo Monetario Internacional. Este modelo significó, no sólo en México, *privatización de empresas públicas; disminución del déficit público; reducción de la administración pública; disminución drástica de los gastos sociales; topes salariales y homogeneización hacia abajo de los salarios, dismantelamiento de los sindicatos como asociaciones de defensa de los trabajadores; desregulación económica del Estado, y apertura comercial y a las inversiones extranjeras*. En síntesis, eliminar todos los obstáculos que pudieran encontrar los flujos de mercancías y de dinero.

Esta política, impuesta desde el exterior y aceptada por los gobiernos mexicanos, pese a las críticas de sectores priístas y de la oposición progresista, llevó al *New York Times*, periódico del que nadie sospecha tendencias izquierdistas, a publicar el siguiente texto:

El grado de disparidad del ingreso en México está entre los peores del mundo y continúa creciendo en forma aberrante. Excluyendo a los países africanos, México tiene el abismo más grande entre ricos y pobres, según estadísticas de la ONU y del Banco Mundial. El 10% de los ricos controlan el 41% de la riqueza del país, mientras que la mitad de la población total recibe sólo el 16% del ingreso nacional.¹

¹ Citado por *La Jornada*, 21 de julio de 1996.

Miembros conspicuos del PRI, entre ellos uno de sus ex presidentes, tuvieron otra visión de lo que debería ser el desarrollo del país y, al ser bloqueados en sus intenciones políticas dentro de su partido, se salieron de éste para formar la oposición electoral más exitosa en la historia posrevolucionaria del país: el Frente Democrático Nacional (FDN). Este Frente fue posible, entre otras razones, porque la insatisfacción generalizada de la población con la economía del país (devaluaciones, inflación galopante, especulación monetaria, cero crecimiento económico y disminuciones muy significativas en los niveles de vida) repercutió en partidos de tradicional apoyo al gobierno en turno (PPS, PARM, PST y otros todavía más pequeños) volviéndolos por primera vez opositores *reales*² en la elección de 1988.

El triunfo del FDN, escamoteado por el gobierno mediante el sistema de cómputo e impidiendo “la autopsia del cuerpo del delito” (quemando alrededor de la mitad de las cajas electorales), y el aumento de votos en favor del Partido Acción Nacional, fueron factores que harían surgir un desusado interés por las elecciones como vía al poder para, desde éste, intentar cambiar los destinos del pueblo mexicano en una dicotomía, todavía no resuelta, entre neoliberalismo y algo distinto que, sólo en la superficie, pareciera ser una vuelta al populismo, al corporativismo y al intervencionismo estatal, pero que no es tal.

La elección presidencial de 1988 fue, aunque no se lo propusieran sus protagonistas, el parteaguas de la historia electoral de México³ y el cambio

² Enfatizo la expresión “reales”, porque sabido es que tanto la candidatura presidencial de Vicente Lombardo Toledano por el Partido Popular en 1952, como la de Cándido Díaz Cerecedo por el Partido Socialista de los Trabajadores en 1982, fueron en realidad oposiciones altamente dudosas por el papel que jugaron. Al respecto puede consultarse Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos en México*, México, Siglo XXI, a partir de la 10ª edición actualizada de 1989.

³ Hubo antes de 1988 otros momentos difíciles para el partido del régimen: la elección presidencial de 1940 y la de 1952, ambos momentos provocados por candidatos cismáticos del partido dominante, como también lo fue la elección de 1988. Sin embargo, mientras en aquellas elecciones hubo dudas sobre los resultados, puesto que no hay indicios suficientes para suponer que el PRM y luego el PRI hubieran perdido en favor de Juan Andrew Almazán y de Miguel Henríquez Guzmán, respectivamente, en 1988 las deducciones lógicas apuntaron hacia el triunfo del FDN.

Octavio Rodríguez Araujo

de un sistema de partidos a otro para dar lugar a una nueva fase partidaria-electoral que es, sin lugar a dudas, la que vive el país en estos momentos. Es decir, se pasó del —hablando formalmente— pluripartidismo con partido dominante, a un arreglo de pluripartidismo en el que el PRI no parece tener ya los elementos suficientes para recuperar su antiguo papel dominante. En otros términos, la política “de carro completo” del pasado ha cedido lugar a elecciones francamente competitivas, en las que cada vez es más difícil falsear los resultados o trucar el proceso.

Es así que la sobreposición de dos regímenes, uno obsoleto que todavía no desaparece del todo, y otro que paradójicamente entra en crisis antes de consolidarse, sobre todo a partir de los “errores de diciembre” de 1994, determinaría en buena medida la crisis del PRI pues, como bien se sabe, éste ha dependido, y así fue concebido, de un régimen que desde el gobierno se ha querido sustituir por otro, el actual que, a reserva de mejor denominación, llamaremos neoliberal. Para entender mejor lo que estoy afirmando conveniría recordar cómo se concebía al antiguo PNR muy cerca de su fundación:

Los dos ‘organismos básicos’ en que se sustentaba el régimen desde que se habían abierto los cauces de la ‘vida institucional’, eran ‘el gobierno y el partido’. El gobierno... iba ‘llevando a la práctica... los postulados del régimen’, pero sólo podía obrar ‘dentro de las facultades precisas’ que le señalaban las leyes, fuera de cuyo límite no le era ‘dable pasar’. ‘El partido es, en cambio, dentro de las mismas leyes, el organismo dinámico *del régimen*’; y al margen de las funciones del gobierno —aunque obrando siempre y en todo momento en perfecta armonía y con cabal disciplina hacia éste— organiza a la colectividad, la encauza dentro de los principios del régimen, le crea órganos de gestión que asesoren a las masas trabajadoras, y consume, en síntesis, todo aquello que no le era posible al gobierno realizar, pero que complementaba la obra’.⁴

⁴ Caracterización de Lázaro Cárdenas en 1930, citada por Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada (Medio siglo de poder político en México)*, México, Siglo XXI, 1982, p. 127. (El énfasis es mío, ORA).

En otras palabras, al cambiar el régimen, al ser sustituido por otro, su partido, el del régimen anterior, tenía que resultar disfuncional, tanto como lo es, guardando las proporciones debidas, el corporativismo sindical a las necesidades de las empresas modernas y de las maquiladoras en el modelo postaylorista y posfordista del presente. La “cabal disciplina” del PRI al gobierno en turno, disciplina que no puede obviarse debido al peso de la figura presidencial en el partido y en la política general del país, llevó al PRI incluso a cambios ideológicos —sin consenso— por iniciativa del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari (*el liberalismo social*), para regresar al *nacionalismo revolucionario* durante el gobierno de Ernesto Zedillo, en una asamblea presidida por Santiago Oñate. Pero la readopción de la antigua pauta ideológica sólo fue parte de la *catarsis* priísta en que se convirtió la asamblea, ya que en los hechos, con base en la disciplina que emana de la presidencia del país, el neoliberalismo es la ideología dominante, lo que no significa que sea asumida por todos los priístas.

En la lógica de la sobreposición de dos regímenes en crisis, con promesas incumplidas del actual gobierno, como por ejemplo el “bienestar para las familias” que nadie ve, la oposición partidaria ha ganado una enorme presencia que antes no tuvo. Tanto el PAN como el actual Partido de la Revolución Democrática compiten, con crecientes posibilidades de triunfo, con el cansado partido oficial.

Pero esta oposición, cada vez más competitiva, ha tenido costos políticos e ideológicos, especialmente en su flanco izquierdo. La izquierda, para poder competir electoralmente, ha tenido que distanciarse de posiciones ideológicas que la definían en el pasado y ha renunciado a representar a clases y sectores de clase que tradicionalmente la distinguían de los antiguamente llamados partidos burgueses. La razón de estos cambios es simple: las definiciones ideológicas y la representación de ciertas clases sociales (trabajadores y campesinos, por ejemplo) excluyen a otras clases sociales, y tal exclusión se expresa en votos (en realidad en *no votos*), con el consiguiente riesgo de no poder competir con partidos con mayor *apariencia* de pluriclasistas. Por lo tanto, la izquierda, para poder competir electoralmente, devino plural en su composición y en sus planteamientos, indefinida ideológicamente, ambigua en sus propuestas y, en consecuencia, semejante en muchos aspectos a sus adversarios.

Octavio Rodríguez Araujo

El único punto que distingue en estos momentos a la izquierda, concretamente al PRD del PAN y del PRI, es que el primero se propone “quitarle las aristas filosas al programa neoliberal”;⁵ es decir, un cambio más o menos sustancial en la política económica para que mejore la calidad de vida de los mexicanos y no nada más la de los *gigamillonarios* y sus socios de segundo nivel. De otra manera dicho, el proyecto perredista, a diferencia de los proyectos del PRI y del PAN, es en cierto modo antineoliberal, lo que supone una mayor intervención estatal en la economía, para regularla e imprimirle orientación a las inversiones, como ocurre en los principales países desarrollados (Japón y Estados Unidos de manera sobresaliente); mejorar la planta del empleo; fortalecer la economía en el campo con sentido popular; aumentar salarios, y mantener la seguridad social y la gratuidad o el subsidio de servicios tradicionales que han formado parte del ingreso indirecto de millones de mexicanos, y que ahora han perdido o están en vías de perderlos.

Los partidos políticos, por lo tanto, han devenido partidos *catch all*, como tradicionalmente lo han sido en Estados Unidos y, por la misma razón, se han desdibujado ideológica y políticamente, con lo cual sus bases, a diferencia de tiempos pasados en que se defendían posiciones y no sólo emblemas, son ahora menos participativas y menos comprometidas con sus partidos, salvo depositando su voto cada determinado tiempo. Esta nueva forma de participación de las bases partidarias, más pasiva que antes, ha dejado a la dirigencia de los partidos en una suerte de *delegación de su soberanía*, la toma de decisiones sobre la conducción de éstos y las negociaciones que puedan hacer con otras direcciones partidarias o con el gobierno. De aquí que, como he insistido en muchos foros, los avances democráticos que se han logrado en el México de los últimos años son, por un lado, electorales y, por lo tanto, muy limitados en términos del concepto constitucional de democracia;⁶ y, por otro lado, elitistas, puesto que la democracia participativa de la que han

⁵ Declaración de Andrés Manuel López Obrador, presidente del PRD, registrada en *La Jornada*, del 9 de junio de 1997.

⁶ El artículo 3º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos sugiere que la democracia, no es sólo una estructura jurídica y un régimen político, sino también un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.

escrito varios autores (Sartori entre ellos) está también subordinada, como en la teoría de la representación, a la autoridad delegada en los dirigentes, con todos los riesgos que esto implica para quienes, no sólo no forman parte de las élites, sino para quienes, por su condición de pobreza y frecuentemente de ignorancia, no tienen quién oiga su voz.

En resumen, el viejo sistema de partidos ha cambiado sustancialmente en favor de un pluripartidismo competitivo; este cambio obedece fundamentalmente al deterioro del PRI como partido del régimen, por la crisis del viejo régimen (que no ha desaparecido del todo) y por la incapacidad del nuevo régimen para consolidarse, entre otras razones, por su impopularidad en todos sentidos (salvo para un puñado de empresarios y banqueros que han sido sus beneficiarios). En estos momentos, la lucha política partidaria se da en favor del modelo fondomonetarista (neoliberalismo), encabezada por el Ejecutivo federal y con el apoyo, no siempre explícito, del PRI y del PAN, y en contra del modelo, por cuanto a sus efectos en la mayoría de la población, sin expresiones anticapitalistas, como es el caso del PRD. La tendencia a escala mundial, dados los fracasos del modelo (cada vez más reconocidos), es a hacerle los ajustes necesarios para frenar la altísima concentración mundial y buscar que el desarrollo sustentable sea una realidad para la humanidad y no sólo para quienes producen y consumen en la lógica del modelo y de sus artífices y mayores beneficiarios.